

Después de la victoria del Granico perdona á los vencidos en Iso; da treguas á las alegrías del triunfo por consolar á la familia de Dario, y evita hasta el peligro de ver á la mujer é hijas del gran rey, que cayeron en su poder. En fin, concede á los restos de su enemigo honores dignos de él. Que se compare ahora una conducta tan noble con la indecorosa explosión de alegría que saludó en Atenas la muerte de Philipo; con la incansable avaricia y la popularidad charlatana de los demagogos griegos, y con la obscenidad pregonada por los héroes y las ciudades. Estas continuaban en el infame tráfico de los jóvenes dedicados á la prostitución habiendo entrado en el puerto Teodoro de Tarento con un cargamento de estos desgraciados, Filogeno, gobernador de la costa, escribió á Alejandro proponiéndole dos de extrema belleza. Indignado Alejandro, le respondió preguntándole de qué innoble voluptuosidad había oído que se le acusase para hacerle semejante proposición. No se mostró ménos severo con respecto á Agnon, que le ofrecía comprar un tal Cleobulo, que en Corinto traficaba con su persona á un precio exorbitante.

¡Cuán sensible es ver tan bellas cualidades, que le hacen el único héroe caballeresco de la antigüedad, oscurecidas por un carácter en extremo vehemente, por una prosperidad no interrumpida y por la peor clase de enemigos, los aduladores! Los sofistas que en Atenas tenían por oficio distraer al pueblo, pusieron todo su conato con el héroe para ahogar los primeros remordimientos de sus iniquidades. Justificaron el asesinato de Clito, atribuyéndolo unos á la cólera de Baco, diciendo otros que la justicia procede directamente de Júpiter, para indicar que los actos de los reyes son siempre justos. Indirectamente justificaba Calistenes la muerte de Parmenion; sugería Anaxágoras á Alejandro poner de manifiesto sobre su mesa las cabezas de los reyes y de los sátrapas; y cuando oía tronar la tempestad, le preguntaba: *¿Eres tú quien truenas, oh hijo de Júpiter?*

Se apoderó del tesoro de Suza, donde encontró 48.000 talentos en barras y 9.000 en dinero, telas de púrpura por valor de 5.000, y tan hermosas que parecían acabar de salir de manos de los obreros aunque estaban allí hacía ciento noventa años; vasijas llenas de agua del Nilo

y del Danubio para mostrar la extensión del imperio persa, y un trono de maravillosa riqueza. Sentóse en él Alejandro, más como era bajo no alcanzaban sus piés al suelo, y notándolo uno le puso debajo en forma de taburete, la mesa de Dario. Conmovido entonces un eunuco vivamente con ver esta mesa sobre la cual su antiguo amo había comido tantas veces, servir de escalón al nuevo, empezó á sollozar. Afectado con su dolor el macedonio mandó levantarla; pero opúsose á ellos Philotas diciendo: *No ha sido puesta ahí por orden tuya, no tienes pues nada de que reprenderte; la Providencia ha querido que sea de esta suerte para demostrar la inestabilidad de las cosas humanas.*

Entonces la hizo dejar Alejandro á sus piés. Viéndolo el corinto Darnarato sentarse con gran pompa sobre este magnífico trono, derramaba lágrimas de ternura, y proclamaba desgraciados á los que no habían contemplado á Alejandro en su majestad; Athenophano el ateniense le surgió la idea de que para recrearse cuando estuviera en el baño, hiciera un r de nafta á un mancebo, y que le prendiese fuego. En fin, la cortesana Thais se consideraba bien recompensada de todas las incomodidades sufridas en sus errantes correrías, despreciando las magnificencias reales de la Persia: *¡Pero qué placer sería, añadía, si el palacio de Jerjes fuese incendiado como él incendió á Atenas; si se anunciase al mundo que una débil mujer ha vengado á la Grecia mejor de lo que lo habían hecho, antes que ella; los jefes de tantos soldados! Prorumpen los aplausos y exclamaciones en apoyo de lo que acaba de proponer; embriagado Alejandro, coge una antorcha y Persépolis fué incendiada.*

A la altura del héroe estuvo la corrupción del hombre. Manifestábase convertido tan pronto en Mercurio como en Hércules ó Júpiter y entregándose á infamias bajo transformaciones indecorosas. Para conformarse con las costumbres de los vencidos, se hizo supersticioso en Egipto y disoluto en Persia. Fué despota y por consiguiente cruel, tanto por efecto de la embriaguez cuanto por recelo; la horrible matanza de Tebas, el suplicio de los defensores de Tiro y Gaza, el incendio de Persépolis, el asesinato de sus amigos, claman contra él en el tribunal de la posteridad, donde han bas-

CAPITULO XIV.

El Lacio.

Del Lacio era de donde debía surgir el poder destinado por su fuerza á dominar, no sólo la Italia, sino el mundo. Cuéntase que los aborígenos bajaron de las cimas del Apenino para habitar las llanuras del Lacio, de donde echaron á los sículos y fundaron gran número de cabañas que después se hicieron célebres, tales como Lorento, Prenesto, Lanuvio, Gabias, Arisia, Lavinio, Tibur, morada de la Sibila, y Tusculos con murallas de mármoles rectángulos, Ardea residencia de los róticos, establecimiento enriquecido por el comercio, y enviaron colonias hasta Sagunto en España. No dejaban de unir los lazos religiosos á estas poblaciones que se habían engrandecido separadamente. El *Lucus Ferentinus*, hoy Marino, el bosque sagrado de Diana, cerca de Arisa, el de Venus, entre Lavinio y Ardea, eran otros tantos puntos de reunión para los ritos de un mismo culto. En tiempo de las ferias latinas en el monte de Albano, semejar te al Panionio, se celebraba un solemne sacrificio y se distribuían las carnes de las víctimas á todas las tribus, á las cuales desde lo interior de la selva Alburnia hacia oír sus oraciones el dios Fano, divinidad comun.

Fano, Pico y Latino pasan por los más antiguos reyes del Lacio. Llegó allí en el reinado del primero una colonia de arcadios, conducida por Evandro; después en el de Latino, otra de troyanos escapados por la ruina de su patria y mandados por Eneas. Habiendo conseguido superioridad este príncipe sobre la dinastía indígena, dejó á sus descendientes el trono de Alba, en el que le sucedieron Ascanio, Silvio, Postumo, Silvio Eneas, Latino, Alba, Episto, Capis, Carpentio, Tiberino, Archipo, Emulo, Aventino, Procas y Amulio. Arrojó Amulio del trono á su hermano Numitor, y obligó á Reasilvia, hija única de este príncipe, á hacerse vestal. Pero el dios Marte fecundó su seno y dió el ser á dos gemelos, Rómulo y Remo, que, arrojados en el Tiber, éste los depositó en la orilla y fueron amamantados por una loba. Llegados á la edad de hombres, supieron el secreto de su nacimiento, y habiéndose puesto á la

cabeza de una colonia de latinos, los condujeron á las orillas del Tíber, donde fundaron una ciudad (754).

Da muerte Rómulo á su hermano Remo y reina sólo; aumenta la población de la nueva ciudad abriendo un asilo; distingue á los patricios de los plebeyos, pero sin dejar de unirlos con el lazo del patronato; divide á los ciudadanos en tres tribus, y elige en cada una cien caballeros y cien senadores. Para tener matrimonios hace robar á las hijas de los sabinos; éstos acuden á vengar este atentado, pero suplicados por sus hijas, consienten en la paz, y los dos pueblos, unidos y reconciliados, no forman más que uno. Fueron vencidos los habitantes de las comarcas vecinas, transportados á Roma y obligados á recibir colonias en sus propios hogares; por fin muere Rómulo, y es considerado en el número de los dioses.

Sucede al héroe el legislador sabino Numa Pompilio (714). Reforma el calendario, toma de la Etruria las vestales, los feciales, diversas ceremonias, y siguiendo el parecer de la ninfa Egeria destruye el pueblo en corporaciones, artes y oficios, funda el templo de Jano que debía permanecer cerrado en tiempo de paz.

Fué decidida la suerte de Alba bajo Tulo Hostilio (670) por el combate de los Horacios y Curacios; sucumbieron sus campeones: fué destruida y sus habitantes trasladadas á Roma.

Vencedor Anco Marcio (633) de los findenatos, de los sabinos y de los latinos, abre el puerto de Ostia y salinas, y construye prisiones.

Tarquino el Viejo (614), originario de Corinto y lucumon sucesor de Etruria, obtiene el trono porque los augurios le son favorables; aumenta en ciento el número de senadores, construye acueductos, letrinas y el circo; derrota á los sabinos, á los latinos y á los etruscos y muere asesinado.

Continúa la guerra Servio Tulio (576) contra los etruscos, introduce el uso del dinero, instituye los censos, distribuye el pueblo en clases ó centurias, y sustituye al voto por tribu el de centurias.

Es también asesinado por Tarquino su yerno (532), que convertido en tirano de sus súbditos, recibe de ellos el sobrenombre de Soberbio; se concilia la amistad de los aliados, edifi-

ca el Capitolio, compra los libros sibilinos y predice los destinos de Roma. Pero habiendo atentado su hijo al honor de Lucrecia es arrojado de Roma un año después de la expulsión del hijo de Pisistrato por los atenienses. Queda entonces abolida la monarquía y reemplazada por la república bajo la dirección de dos cónsules (509).

Rechazado ya el rey etrusco Porsenna que había venido á restablecer á los Tarquinos, se aumenta el poder de Roma. Confiábase en circunstancias difíciles á la autoridad arbitraria de un dictador. Oprimidos los plebeyos por los patricios se sublevan y retiran al monte Sacro (491). Obtienen también la institución de los tribunos, que teniendo la misión de protegerlos, pueden suspender por su *veto* las decisiones del Senado y son investidos posteriormente con el derecho de convocar al pueblo, de hacer plebiscitos y juzgar á los patricios. Declarado partidario Coroliano de los nobles, es desterrado de Roma; más le hace la guerra, y la reduce á la última extremidad, hasta que (484) consigue apaciguarle su madre Veturia. Deseosos en fin los romanos de tener leyes estables, comisionan para procurarse en Grecia las mejores que se encontrasen, las cuales son escritas en doce tablas y promulgadas por los decenviros (449).

Esta es la historia de los primeros tiempos de Roma, tal como nos la han transmitido los prosistas clásicos, y en particular Tito Livio. No hay nadie que no conozca desde sus primeros estudios los brillantes episodios de los Horacios y Curacios, de Acio Nævio, que corta las piedras con una navaja de afeitar, de Lucrecia y Bruto, de Horacio Cocles, de Mucio Sævola, de Clelia, de Menenio Agripa, de los trescientos seis Fabios, de Cincinato de Virginia y de Apio Claudio, de Camila, etc. Pero la duración del reinado de estos siete reyes, la variedad de los hechos á que dieron cima, la marcha regular de los relatos, siempre ricos en acontecimientos, inspiran dudas: se cree con más facilidad que estas relaciones han sido sacadas de los poemas nacionales, que se cantaban en los banquetes, y donde se representaba, bajo el emblema de un hombre, el carácter histórico y el tipo de toda una época, ó bajo la forma de los acontecimientos la sucesiva for-

mación de la ciudad, así como el origen de la legislación romana. No nos atrevemos, sin embargo, á desechar estas tradiciones como fábulas, pues el pueblo romano les concede entera fé, y tuvieron gran influencia en la serie de su historia. Estas solas palabras: *¡Duermes Bruto!* determinaron al segundo Bruto á libertad á su patria por imitar al primero: el odio al nombre de rey costó la vida á César, el desquite de recobrar el oro pagado á los galos decidió una guerra. ¿Pero quién puede decir hasta qué punto la mezcla de la mitología griega, de la vanidad de los retóricos y la ambición de las genealogías han alterado la verdad? Si las inteligencias poderosas como las de Vico y Niebuhr han llegado alguna vez, como por adivinación á descubrimientos más felices, no han podido, sin embargo, llegar á este conjunto que satisface completamente la razón, y la tarea del historiador se encuentra aún reducida á la crítica. Ensayémosla, pues, á nuestra vez, y empecemos por los reyes de Alba.

Dícesenos que Latino había nacido de Hiperbóreo Palanto ó de Hércules y de una hija de Fauno, lo que puede indicar la asociación de una nación septentrional con los indígenas. Evandro, que procede de la Arcadia, es la simbolización de los pelagos. Existe una tradición muy antigua que supone pasó al Lacio una colonia de troyanos fugitivos, después de la caída de Ilion. Escribía Timeo en 490 que los lavinius le habían enseñado que conservaban en sus templos estatuas troyanas de arcilla; dió esta creencia motivo á que el Senado romano fundase en ella varios tratados. No es verdad que haya sido introducida ulteriormente por los griegos; era nacional, mas no significa esto que fuese cierta, y no indica tal vez otra cosa sino que la ciudad de Alba fué, como Troya, fundada por los pelagos. Puede simbolizar Eneas á los plebeyos, vencidos en los conflictos heroicos y forzados á emigrar. Mucho tiempo antes de Virgilio hacia la tradición combatir á Eneas con Turno (forma latina de Tirrenus) y con Latino, que murió en el combate. El casamiento del jefe troyano con Lavinia representa el tratado de paz y unión entre los naturales y este puñado de valientes aventureros.

Podría suceder que este pequeño número de aliados hubiese llegado á apoderarse del poder;

pero la lista de los reyes de Alba es de seguro de fecha reciente. En los primeros días de Roma las mismas fábulas revelan el carácter del pueblo que las inventó, carácter enérgico y perseverante, pero duro é implacable. Tal vez las siete colinas estaban ocupadas por otras tantas ciudades pelágicas ó etruscas, cuando una banda de pastores sabinos las sujetaron. Edificada Roma sobre el Palatino, destruyó la ciudad de Remulia, su hermana, que la desafió; elevábase Quiris sobre el Quirinal; de aquí proceden los quiritos y Numa. Que fuesen sabinos los primeros habitantes ó dominadores es lo que demuestra el poema histórico, y según él reinó el sabino Tacio con Rómulo, sucediendo Numa á este último, lo cual produjo la reunión de las dos colinas.

Se construyó en el valle intermedio, como límite, el templo de Jano, con dos caras, con objeto de que velase sobre una y otra ciudad; permanecían las puertas del templo abiertas en tiempo de guerra, para que pudiesen socorrerse mutuamente, y cerradas durante la paz para evitar que las indiscretas comunicaciones turbasen la buena inteligencia. Para oponer á los etruscos ó á los albanos una resistencia más vigorosa, contrajeron recíprocamente casamientos, formaron un senado único y una sola asamblea electiva, y convinieron en no tener más que un rey, elegido alternativamente en la una ó en la otra, lo que hizo decir *populus romanus quirites*; y después *populus romanus quiritorium*.

Estos dos pueblos unidos formaban las dos primeras (y no tres) tribus de los ramneses y de los ticienses, á las cuales vino á añadirse la tercera de los luceros, compuesta de los albanos que Tulo Hostilio trasladó al monte Coelio. Los cien senadores que Tarquino el Antiguo unió á los doscientos (y no trescientos) en ejercicio, fueron tomados en esta última y llamados *gentes minores*.

Fueron los dioses considerados en común, lo que hizo crear las tres flamines, Dial ó Júpiter, Marcial y Quirinal. Las vestales, que en un principio no fueron más que dos, llegaron luego á cuatro; después creó otras dos más Tarquino el Viejo, tomándolas de las familias de los nuevos senadores.

Los nombres que se nos han enseñado como pertenecientes á los reyes, no son probablen-

te más que designaciones apelativas de caracteres idealizados. Rómulo, en efecto, era un semi-dios, y Numa plática con los dioses, lo cual revela la personificación mística. Estos dioses-reyes podrían, pues, representar dos épocas sucesivas, la una heroica y la otra sacerdotal. Recibió el ser Rómulo de Marte, dios sabino, y de una sacerdotisa de Vesta, divinidad pelásgica. Desterrado de su patria construyó su fortaleza sobre una altura, al pié de la cual llegó á refugiarse la muchedumbre, cuya debilidad es protegida y dominada por los hombres fuertes que se entregan á la guerra, mientras que los plebeyos se ocupan en el campo y en oficios diversos. Nace la primera causa de guerra de la tentación común á los pueblos, todavía incultos, del deseo de proporcionarse mujeres. Pero éstas, acercándose más á la naturaleza de las razas septentrionales, adquieren dignidad; resisten primero, más despues se hacen mediadoras de paz entre sus padres y maridos, lo cual empieza á inspirar en Roma respeto al sexo débil. Las novias son arrancadas de la casa paterna como con violencia, y una vez casadas no tienen otra ocupación que hilar lana; los hombres les ceden el paso en las calles; no debe decirse ni hacerse nada que sea indecoroso en su presencia, ni pueden ser citadas ante los jueces que pronuncian sentencia de pena capital. De esta manera están indicadas como concesiones y transacciones mútuas, las lentas adquisiciones del tiempo y los efectos de las mezclas de las razas.

Entretanto se adquieren en las guerras territorios que son divididos entre los patricios, y los vencidos, reducidos á la esclavitud, son condenados á penosos trabajos. Encontrábase, pues, la nación romana dividida en dos clases, así como todos los pueblos de la antigüedad, conquistadores y vencidos, gobernantes y súbditos, patricios y plebeyos. Sin embargo, aquí no representan dos castas con límites insuperables, sino más bien dos partidos políticos disputándose desde el principio la preponderancia, hasta que se forma esa clase plebeya, pero libre, sobre la cual se funda el poder de Roma. Acaba la guerra contra Tacio por una de aquellas transacciones que encontramos en todas las naciones; pero al ver el nombre de los romanos cambiarse en el de quiritos y un sabino suce-

der á Rómulo, estamos tentados por creer que Roma fué subyugada por aquellos vecinos aborígenos.

Aunque sabino, tiene Numa Pompilio todo el carácter sacerdotal de la Etruria; tal vez personifica una colonia sacerdotal que hubiera llegado á civilizar á los guerreros de Rómulo Quirino. Entonces es, en efecto, cuando se introducen las letras, las ceremonias toscanas, con el año de doce meses. Es consagrada la propiedad por el culto del dios Término, y el pueblo distribuido en gremios de oficios; se empiezan á redactar anales como se hacia en las ciudades de Etruria, y la ferocidad de los romanos-sabinos toma un aspecto religioso; toda justicia se funda en los dioses, como sucede en el origen de los pueblos cuando todo se hace para los dioses y por los dioses. La casa pertenecía á los lares, el sepulcro á los manes; el matrimonio fué un dios-génio, los criminales fueron consagrados á la divinidad vengadora; el hijo impío á los dioses de los padres, y á Cérés la incendiaria de las mieses; hasta las guerras fueron también sagradas.

Muchas analogías, y en particular la veneración al buey, indujeron algunos sabios á suponer que la religión fué llevada á Roma por sacerdotes indios; otros la hacen proceder de la Grecia, nosotros de un origen más antiguo y común, modificada por las creencias nacionales y por la naturaleza del pueblo. No tuvieron los romanos al principio más que dos lares, solamente Vesta y la Palastroyana; despues les añadieron Jano y Gradivo, este último dios de la guerra y padre de su fundador, siguiéndole toda una generación de divinidades agrícolas. Su religión se separa ya en esto de la mitología griega, á la cual la de los romanos es superior, por cuanto asigna á todos los dioses funciones análogas á la conservación y perfeccionamiento del hombre. Es además árida, prosáica, y en todo política, á diferencia de la de los griegos; es libre é independiente en Grecia, mientras que en Roma los patricios la circunscriben estrechamente á un sistema inalterable, y todo en provecho suyo. El escudo de Marte, caído del cielo, el Paladion, el cetro de Priamo, el carro de Júpiter, venido de Veias, las cenizas de Orestes, la piedra Cónica, el velo de Helena ó de Ilione, constituían siete prendas

sagradas de la existencia y de la prosperidad de Roma. Tenía dos nombres la ciudad expresando fuerza y flor; además otro que permanecía secreto. Solo los patricios tenían el privilegio de los auspicios que santifican la propiedad, los matrimonios y los juicios; ligábanse á todas fiestas recuerdos históricos, con el objeto de asociar la religión, la política y la moral.

Abandona con Tulo Hostilio la historia á los dioses y se hace humana; tal vez marca el tiempo en que la fiera latina prevalece sobre la dominación sacerdotal. Horacio da muerte á su hermana, y el padre ejerce el derecho patriarcal absolviendo al fratricida. Mecio Sufecio es descuartizado; Alba destruida por la ciudad á que habia dado el sér. Muéstrase ya en esto el sistema de Roma de afiliarse los pueblos extraños absorbiéndolos en la ciudad, y de enviar colonias al territorio conquistado. Pero Tulo Hostilio que queria usurpar las funciones del sacerdocio y mezclarse en los ritos fulgurales, fué muerto por un rayo ó por la venganza sacerdotal.

Anco Marcio es una mezcla de caracteres opuestos, se ocupa de conquistar y edificar á la vez; civiliza, establece la comunidad de religiones é introduce en Roma á los etruscos.

Sucedióle un lucumon de esta última ciudad, y el reinado de Tarquino el viejo indica tal vez la época en que Roma fué robada á los sabinos, y conquistada por los lucumones de Tarquina. Entonces tuvo superioridad el patriado sagrado de los etruscos sobre el guerrero de los sabinos, entraron dentro de los muros de Roma las artes y riquezas de una nación civilizada. Refiérese á esta época extendidas conquistas y construcciones, para las cuales apenas bastarian varias generaciones. Tarquino, cuya mirada hubiera podido abarcar todo su reino, se apoderó del territorio de los sabinos y de los etruscos, y poco tiempo despues la única ciudad del Clusio pone á Roma á dos dedos de su ruina, necesitando luego treinta años los romanos para triunfar de Veias. La gran letrina (*cloaca maxima*), es una construcción admirable. Su bóveda interior semicircular, de un radio de diez y ocho palmo romanos, está embutida en una segunda, y ésta en una tercera, todas tres hechas de mármoles cortados de longitud de siete palmos y cuarto, y por cada cuarto un

sexto de altura, colocados sin liga. Se descubrió en 1742 otro acueducto no ménos maravilloso, cuarenta palmos debajo del actual terreno y de una época más reciente, posterior tal vez á la guerra púnica. Ni temblores de tierra, ni superposición de edificios, ni quince siglos de abandono habian separado una piedra de su correspondiente lugar.

Invadió á Roma Coelio Vivena, salido de la Etruria con multitud de clientes y servidores. A su muerte, Masterna, hijo de una esclava, reunió su ejército, y á su frente llegó á dominar bajo el nombre de Servio. Debió favorecer á las gentes de la clase de que él habia salido, y á aquellos que como él hacia poco tiempo que habian llegado á la ciudad. Con objeto, pues, de que los plebeyos, es decir, los extranjeros, participasen del poder, proporcionó los derechos políticos, no á la ilustración de las familias, sino á las riquezas. Atribúyete la tradición popular el mérito de todas las ventajas que tardó siglos la plebe en adquirir; rescató á los deudores á quienes su insolvencia habia reducido á la esclavitud, agotó los créditos, distribuyó las tierras entre los plebeyos, y reunió á los latinos en el Aventino, colina plebeya fuera de las murallas patricias y predestinadas de Roma.

Pero con el fin de anular la facción aristocrática las franquicias concedidas por Servio, hizo alianza con los lucumones etruscos, que, bajo el nombre de Tarquino el Sóberbio, vuelven á dominar en Roma, sin el asentimiento de las curias para dar muerte á la libertad; oprimen á la vez á los nobles sabinos y á los plebeyos latinos, y vuelven á abrir las prisiones feudales. Los ritos y adivinaciones etruscas, así como el lenguaje simbólico, tornan á engrandecerse bajo los lucumones de Targunia. Fueron desterradas las antiguas divinidades del Capitolio á excepcion de las tres etruscas, que llegan á ser despues Júpiter, Juno y Minerva. Apodérase Tarquino de Gabias que ofrece aún, como monumento de su grandeza, los muros del santuario de Juno, y despues de haber subyugado á los latinos, sacrifica él mismo el toro sobre la colina de Alba, en las ferias latinas.

Sea por injurias que hubiesen sufrido las tribus primitivas ó por atacar á sus franquicias los extranjeros, se insurreccionaron contra los